

mo que tuvo en ella mucha parte el empeño y diligencia del tio fraile.

Mi suegra, luego que se acabó el funeral (sepultándose con el cadáver el desgraciado fruto de su vientre), se despidió de mí para siempre, dándome las gracias por las buenas cuentas que le habia dado de su hija; y yo aquella noche, no pudiendo resistir á los sentimientos de la naturaleza, me encerré en el cuartito á llorar mi viveza y soledad.

Entregado á las mas tristes imaginaciones no pude dormir ni un corto rato en toda la noche, pues apenas cerraba los ojos cuando despertaba estremeciéndome, agitado por el pavor de mi conciencia, que me representaba con la mayor viveza á mi esposa, á la que creia ver junto á mí, y que lanzándome unas miradas terribles, me decía: ¡Cruel! ¿Para qué me sedugiste y apartaste del amable lado de mi madre? ¿Para qué juraste que me amabas y te enlazaste conmigo con el vínculo mas tierno y mas estrecho, y para qué te llamaste padre de ese infante abortado por tu causa, si al fin no habias de ser sino un verdugo de tu esposa y de tu hijo?

Semejantes cargos me parecia escuchar de la fria boca de mi infeliz esposa, y lleno de susto y de congoja esperaba que el sol disipara las negras sombras de la noche, para salir de aquella habitacion funesta que tanto me acordaba mis indignos procedimientos.

Amaneció por fin, y como en todo el cuarto no habia cosa que valiera un real, me salí de él, y di la llave á una vecina con ánimo de apartar me de una vez de aquellos lúgubres recintos.

## CAPITULO VII.

En el que Periquillo cuenta la suerte de Luisa, y una sangrienta aventura que tuvo, con otras deleitables y pasaderas.

Lo hice como lo propuse, y me fuí á andar las calles sin destino, lleno de confusion, sin medio real ni arbitrio de tenerlo, y con bastante hambre, pues ni habia cenado la noche anterior, ni me habia desayunado aquel dia.

En este fatal estado me dirijí á mi antigua guarida, al truco de la Alcaicería, á ver si hallaba en él á alguno de mis primeros conocidos que se doliera de mis penas, y tal vez me las socorriera de algun modo, á lo menos la ejecutiva de mi estómago.

No me equivoqué en la primera parte, porque hallé en el truco á casi todos los antiguos concurrentes, los que luego que me vieron, conocieron y se impusieron de mi deplorable estado, en vez de compadecerse de mi suerte, trataron de

burlarse alegremente de mi desgracia, diciéndome: ¡Oh señor Don Pedro! Cuando vd. tuvo su bonanza no se volvió à acordar para nada de nosotros ni de los favores que nos debió. Si nos encontraba en alguna calle, se hacia de la vista gorda y pasaba sin saludarnos: si alguno de nosotros le hablaba, hacia que no nos conocia: si lo ocupábamos alguna vez, nos mandaba desairar con Roque, aquel su barbero que tambien anda ya hecho un andrajo, y finalmente manifestó en su bonanza todo el desprecio que le fué posible hacia nosotros.

Señor D. Pedro: el dinero tiene la gracia, para algunos, de hacerlos olvidadizos con sus mejores amigos si son pobres. Vd. cuando tuvo dinero procuró no rozarse con nosotros por pobres: y así ahora que está pelado, váyase allá con sus amigos los señores de capas y casacas, y no vuelva à poner aquí los piés, mientras que no traiga un peso que jugar, porque nosotros no queremos juntarnos con su merced.

De este modo me insultó cada uno lo mejor que pudo, y no tuve mas oportuna respuesta que marcharme, como suelen decir, con la cola entre las piernas, reflexionando que cuanto me habian dicho era cierto, y era fuerza que yo recogiera el fruto de mi vanidad y mis locuras.

Como el hambre me apuraba, traté de ir à pedir algun socorro à los amigos que me habian comido medio lado y se habian divertido à mi costa.

No me fré difícil hallarlos; pero ¡cuál fué mi cólera y mi congoja, cuando despues de avergon-

zarme con todos, presentándome à su vista en un estado tan indecente, despues de referirles mis miserias, y provocar su piedad con aquella energia que sabe usar la indigencia en tales ocasiones, solo escuché desprecios, satiras y burlietas!

Unos decian: vd. tiene la culpa de verse en ese estado, si no hubiera sido calavera, hoy tendria que comer. Otros: amigo, yo apenas alcanzo para mantener à mi familia; todavia está vd. mozo y robusto: siente plaza en un regimiento, que el rey es padre de pobres: otros fingiendo una grande admiracion me decian: ¡vágame Dios!

Y cómo se le arrancó à vd. tan pronto? Yo le decia, y ellos replicaban: aquellos gastos y vanidades de vd. no podian tener otro fin: otros: vaya vd. con esas quejas à los ricos, que à ellos si les debe pedir limosna y no à los pobres como yo.

Así me iban despidiendo, y los mas piadosos, me hacian creer que se compadecian de mi desgracia, pero que no la podian remediar.

De esta suerte triste, despedido y hambriento salí de todas partes, sin que hubiera habido uno de tantos que se lisongeaban de llamarse mis amigos, que me hubiera dado siquiera un pocillo de chocolate.

A mi ya no me cogian muy de nuevo estas ingraticudes; pero no me habia aprovechado de sus lecciones. Pensaba que todos los que se dicen amigos en el mundo, lo eran de las personas y no de sus intereses; mas entonces y despues he visto que hay muchos amigos, pero muy pocas amistades.

La falsedad de los amigos es muy antigua en

el mundo. En el libro mas santo y verdadero (1) se leen todas estas sentencias: «Hay amigos de tiempos, que no permanecen en el dia de la tribulacion. Hay amigos muy puntuales á la mesa, que no serán así en el dia de la necesidad.» En el mismo lugar se dice: «Dichoso el que ha hallado un amigo verdadero. En el tiempo de su tribulacion permanece fiel. Sé fiel con el amigo en su pobreza. Yo no me confundiré ó avergonzaré de saludar á mi amigo; no me excusaré de él, y si me viniere algun mal por su cause, lo sufriré.» Alabando al buen amigo dice: «que el amigo fiel es una robusta proteccion, que el que lo halló, encontro un tesoro;» y por último dice: «que ninguna comparacion es propia para ensalzar al fiel amigo, ni junto á su bondad es digna la ponderacion del oro ni de la plata.»

¡Pero quién sera este desinteresado, este prudente, este fiel y este amigo verdadero? «El que teme á Dios;» dice el mismo eclesiástico, «ese sabrá tener una buena amistad.»

Lejos estaba yo en esos tiempos de saber estas cosas, ni de valerme de los escarmientos que el mismo mundo me proporcionaba; y así es que sin sentir mas que las penas actuales que me afligian viendo que la esperanza que yo tenia en mis falsos amigos se habia acabado, que no hallaba abrigo ni consuelo en parte alguna, y que mi hambre crecia por momentos, eché mano de mi pobre chupa para venderla, como lo hice, y me

1 Eclesiast. cap. 6, vs. 8, 10, 14, 15 y 17, cap. 22, vs. 23 y 24, cap. 26, vs. 12 y 23.

fui á almorzar, sobrándome creo que ocho ó diez reales.

El dia lo pasé adivinando en donde me quedaria en la noche; pero cuando ésta llegó se me juntó el cielo con la tierra, no teniendo un *jacal* en donde recogerme.

En este estado determiné arrojarme á la casa del sastre que me hizo la ropa, y pedirle que por Dios me hospedara en esa noche.

Con esta determinacion iba yo por la calle de los M. sones, cuando ví en una accesoria á Luisa, nada indecente. Parecióme mas bonita que nunca, y creyendo volver á lazar su amistad, y valerme de ella para aliviar mis males, me acerqué á su puerta, y con una voz muy expresiva le dije: Luisa, querida Luisa, ¿me conoces? Ella se acordó sin duda de mi voz, pero para certificarse me dijo: no señor, ¿quién es vd? A lo que contesté: yo soy Pedro Sarmiento, aquel Pedro que te ha querido tanto, y que cuando tuvo proporciones te sostuvo en un grado de decencia y señorío al que tú jamás hubieras llegado por tu propia virtud.

¡Ah! Si decía la socarrona Luisa: vd. es señor Periquillo Sarmiento, el que fué mozo del difunto Chuafina, y el que me echó á bofetadas de su casa. Ya me acuerdo, y cierto que tengo hartito que agradecerle. Bien está, Luisa, le respondí; pero tu infidelidad con Roque dió margen á aquel atropellamiento.

Ya eso pasó, decía Luisa, y ahora ¿qué quiere vd?— ¿Qué he de querer? Volver á disfrutar tus caricias.— ¡Pues no ve vd., contestó, que eso es tontería.

ra! Vaya, no me haga burla, ni se meta con la infielles. Váyase con Dios, no venga mi marido y lo halle platicando conmigo.

Pues hija, ¿qué, te has casado!—Sí señor, me he casado, y con un muchacho muy hombre de bien, que me quiere mucho y yo á él. ¡Pues qué, pensaba vd. que me habia de faltar! No señor, si vd. me escupió, otro me recogió. En fin, yo no quiero platicas con vd.

Diciendo esto se entró, y me hubiera dado con la puerta en la cara, si yo tan atrevido como ingrédulo de su nuevo estado, no me hubiera metido detrás de ella.

Así lo hice, y la pobre Luisa toda asustada quiso salirse á la calle; pero no pudo, porque yo la afiancé de los brazos y forcejando los dos, ella por salirse y yo por detenerla, fué á dar sobre la cama.

Comenzó á alzar la voz para defenderse; y cuando á gritos me decia: Váyase vd., señor Perico ó señor diablo, que soy casada y no trato de ofender á mi marido.

La puerta de la accesoria se quedó entreabierta: yo estaba ciego, y ni atendí á esto, ni prevení que sus gritos que esforzaba á cada instante, podian alborotar á los que pasaban por la calle y exponerme cuando me ños á un bo-horno.

¡Ojalá no mas hubiera parado en estol pero el cielo me preparaba castigo mas condigno á mi crimen. Como habia de entrar Sancho ó Martín entró el marido de Luisa, y tan perturbada estaba ésta, tratando de desasirse de mí, como enagenado yo por hacerla que de nuevo se rindiera

á mis atrevidas seducciones: de suerte que ninguno de los dos advertimos que su marido entreerrando mejor la puerta, habia estado mirando la escena el tiempo que le bastó para certificar de la inocencia de su mujer y de mis execrables intentos.

Cuando se satisfizo de ambas cosas, partió sobre mí como un rayo desprendido de la nube, y sin decir mas palabras que estas: pícaro, así se fuerza á una mujer honrada, me clavó un puñal por entre las costillas con tal furia que la cacha no entró porque no cupo.

¡Jesus me valga! Dije yo al tiempo de caer al suelo revolcándome en mi sangre. Mi caída fué de espaldas, y el irritado marido, queriendo concluir la obra comenzada, alzó el brazo armado apuntándome la segunda puñalada al corazon. Entonces yo lleno de miedo le dije: por María Santísima que me deje vd. confesar, y aunque me mate despues.

Esta voz, ó el patrocinio de esta Señora, mediante la invocacion de su dulce nombre, contuvo á aquel hombre enojado, y tirando el puñal me dijo: válgate ese divino nombre que siempre he respetado.

A este tiempo ya estaba el aposento lleno de gente: los serenos aseguraron al heridor; la pobre Luisa estaba desmayada del susto, y el confesor á mi lado.

Me medio confesé, no sé como; porque quién sabe cómo se hacen las confesiones, los arrepenimientos y propósitos en unos lances tan apurados en que el hombre apenas basta para luchar

con los dolores de las heridas y el temor de la muerte.

Pasada esta ceremonia, que en mi conciencia no fué otra cosa, atendida mi ninguna disposición, perdonado mi enemigo con la boca, y trasladado éste á la cárcel con su esposa injustamente, sólo se decía de mí que moría sin remedio: porqueme desangraba demasiado, sin haber quien me restañara la sangre, ó que siquiera me tapara la herida, ni aun cierto cirujano que por casualidad entró allí, pues todos decían que era preciso que interviniera orden de la justicia para estas urgentísimas diligencias.

La efusión de sangre que padecía era copiosa, y me debilitaba por momentos; la base anunciaba mi próxima muerte: toda la naturaleza humana se conmovía al dolor y al deseo de socorrerme á la presencia de mi cadavérico semblante; pero nadie se determinaba á impartirme los auxilios que le dictaba su caridad, ni aun verme de aquel sitio, hasta que quiso Dios que con la orden del juez llegó la camilla, y me condujeron á la cárcel.

Pusiéronme en la enfermería, y como era de noche, tardó en llegar el cirujano: y cuando vino, haciéndome poner boca abajo, me introdujo la tintera, que me dolió mas que el puñal; me puso una vela en la herida para saber si el pulmon estaba roto é hizo no sé cuántas mas maniobras, y concluidas, ocurrió á restañarme la sangre, que le costó poco trabajo en virtud de la mucha que yo habia echado.

Después me dieron atole ó no sé que otro con

fortativo semejante, declarando que la herida no era mortal.

Aquella noche la pasé como Dios quiso, y al día siguiente me llevaron al hospital donde no extrañé ni la prolijidad del médico, ni la asistencia de la enfermería de la cárcel.

Allí en la cama di mis declaraciones y disculpas, que acordés con las de Luisa, bastaron para ponerla en libertad con su marido.

A los veinte días me dió por bueno el cirujano, y atendiendo los jueces á mis descargos, y al tiempo y dolencias que habia padecido, me pusieron en libertad, notificándome que jamás volviese á pasar por los umbrales de Luisa, lo que yo prometí cumplir de todo corazón, como que no era para menos el susto que habia llevado.

Ótenme vdes. fuera de hospital, en la calle como siempre y sin medio en la bolsa; porque no sé si los serenos, los enfermeros de la cárcel ó los del hospital me hicieron el favor de robarme los pocos que me sobraron de la venta de mi chups, aunque algunos de ellos fueron sin duda.

Fuera del hospital traté siempre de buscar destino que siquiera me diera que comer. Por accidente se me puso en la cabeza entrar á misa en la parroquia de San Miguel.

Lo hice con mucha devoción, y al salir de ella encontré en la puerta de la iglesia á un antiguo conocido, con quien comuniqué mis trabajos. Este me dijo que era el sacristan de allí y necesitaba un ayudante, que si yo queria, me acomodaria en su

servicio. En la hora, le dije; pero me has de dar de almorzar, que tengo mucha hambre.

El pobre lo hizo así: me quedé con él, y cátenme aquí ya de aprendiz de sacristan.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
 BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
 "ALFONSO REYES"  
 AÑO 1925 MONTERREY, NUEVO LEÓN

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
 BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
 "ALFONSO REYES"  
 AÑO 1925 MONTERREY, NUEVO LEÓN

## CAPITULO VIII.

En el que se refiere cómo Periquillo se metió á sacristan: la aventura que le pasó con un cadáver: su ingreso en la cofradía de los mendigos y otras cosas tan ciertas como curiosas.

Si todos los hombres dieran al público sus vidas escritas con la sencillez y exactitud que yo aparecieran una multitud de Periquillos en el mundo, cuyos altos y bajos, favorables y adversas aventuras, se nos esconden porque cada uno procura ocultarnos sus deslices.